

Los fantasmas de la noche del león *Brindis por Pierrot*

¿Quién recuerda *Los fantasmas del día del león*, segundo libro de Eduardo Galeano?

Es posible que para la anterior generación haya quedado sepultado bajo el peso de su obra posterior, nada menos que *Las venas abiertas de América Latina*, *La canción de nosotros*, *Días y noches de amor y de guerra*, *Vagamundo*, *La trilogía del fuego*. Es posible también que los que hoy tienen veinte años ignoren la existencia de aquel tomo de Arca que contenía cinco relatos prologados con entusiasmo y rigor crítico por Mario Benedetti. En 1967, nada había ocurrido todavía y, sin embargo, varios sucesos trágicos estaban anunciando la sangre, las torturas, desapariciones y muertes que iban a ser la atmósfera de la dictadura.

En el comienzo de la década del 60 se sucedieron, con escasa separación de tiempo, dos muertes; la del Mincho Martincorena y la de Arbelio Ramírez. El Mincho, un delincuente joven que murió después de una larga persecución policial, rastreado con perros, cuando salía con las manos en alto del rancho en el que se había guarecido cercado por el último operativo de gran despliegue. Arbelio Ramírez, un profesor asesinado por una bala anónima a la salida del Paraninfo, donde había hablado el Che Guevara. Ambas muertes fueron vividas por la población con igual asombro, lindante con el horror: no encajaban en nuestro “estilo de vida”, tan previsible, planificable, aceptable... para la mayoría de los uruguayos.

En 1965 ocurre el episodio del edificio Liberaij, “la batalla de Julio Herrera y Obes”. Tres maleantes argentinos resisten durante diecisiete horas el cerco policial, montado en estilo de película. El morbo

Tomado de: *Brecha*.
Montevideo, 21 de febrero de
1986.

montevideano, azuzado por la prensa, contó la cifra de empate tres a tres que la muerte repartió en el bando de la policía y el de los ladrones.

Dos años después, Eduardo Galeano usa el material periodístico que proliferó alrededor del Liberajj y, armado como “collage”, lo entretreje con la historia de Bolita, un lumpen montevidiano que seguramente el autor no hizo más que transcribir. El ámbito del relato es el de las casas desalquiladas que eran invadidas por los “intrusos” y la miseria urbana, más siniestra todavía que la marginal y al aire libre de los cantegriles. Esa miseria malévol, casi invisible, que trepa de los sótanos a las azoteas y anida en las pensiones céntricas, los inquilinatos y las ruinas abandonadas.

Los tres personajes de la tragedia que iba a jugarse en la década siguiente, están ya planteados en *Los fantasmas del día del león*: las fuerzas del orden, “las fuerzas del bien”, con su metodología, su jerga, sus objetivos; las fuerzas del desorden, “las fuerzas del mal”, los delincuentes; el pueblo, no precisamente malviviente, pero que vive mal.

En los años siguientes, la lucha armada, la subversión y toda la izquierda iban a ocupar, según la historia oficial, el lugar que dejaron vacantes los porteños que ocuparon el Liberajj. La masacre cambió en cifras y en consecuencias. Pero masacre hubo, y ya estaba anunciada.

Una lectura de *Los fantasmas del día del león*, hecha en 1986, revela la calidad simbólica del relato. El escritor ha asumido inconscientemente la misión profética en una comunidad que no advertía los síntomas de su enfermedad grave.

El título del cuento está tomado de un dicho referido, más o menos, a que en muchas vidas que nos vienen por la vida, ocurre un día culminante en grandeza, tragedia, valentía o dolor. Es la plenitud del día del león.

Hemos puesto, como título a estas reflexiones, “Los fantasmas de la noche del león”. La noche de Jaime Roos. Roos que ha compuesto *Brindis por Pierrot*, cantada en los tablados como despedida de la murga Falta y Resto.

Brindis por Pierrot sólo pudo ser compuesto por Jaime Roos en uno de esos momentos límites del alma, de la sensibilidad, de la inteligencia o como quiera que se llame todo aquello que hace que un hombre sea además un poeta.

En el poema, dice un verso: “¿Qué será de los porteños, ocupando el Liberajj?”. *Brindis por Pierrot*, en ese nivel simbólico de la vida de la comunidad, pasa a ser el cierre de un período aciago, así como la obra de Galeano fuera su apertura. Jaime Roos era un liceal cuando se libró “la batalla de Julio Herrera y Obes” y cuenta en un reportaje que escuchó, en la noche, el

tableteo de las ametralladoras. Hoy es un hombre que ha vuelto al país y en la noche carnalera eleva su canto que es un “ubi sunt”, un ¿dónde están?

De la misma manera, cada uno de nosotros en su noche se pregunta ¿dónde están? Cada uruguayo tiene su propia galería de muertos queridos, de fantasmas que vuelven por la vida... “cuando surgen de su prisión los olvidados”, como dice Rubén Darío en un *Nocturno*. Jaime Roos tiene los suyos y los muertos del Liberajj están en el poema casi en primera fila, corroborando el símbolo que Galeano había intuido en su relato.

Aunque tan distintos por tantas razones, pero unidos por muertes parecidas por cuanto sus ejecutores fueron cobardes, están el Mincho Martincorena escuchando misteriosamente la canción y Zelmar levantado en un brindis de gloria y dolor.

Boxeadores y murguistas, con sus nombres o sus apodos, gentes que muchos de nosotros no conocimos, adquieren en la canción la fuerza conmovedora que tienen los fantasmas convocados por el amor: “No puedo olvidar al Ñato, imitando a Dogomar”, “¿No lo vieron a Molina, que no pisa más el bar?”.

Por las calles de Montevideo se escuchan en estos días silbidos ensimismados que sostienen la melodía de *Brindis por Pierrot*. La canción ha calado hondo en la muchachada que asiste a los festivales de canto popular (ver nota de Fernando Ulivi, en el número 17 de *Breacha*).